

narlos, pero contentarse con verter estériles lágrimas sobre sus tumbas...! No, Elvira, no; Fernando es incapaz de tal cobardía!

—¡Oh! ¡Sin ser cobarde puede hoy desesperar de salvaros!

—A mí no es posible: pero á mi hermano...

—¡Por qué á Gil mas bien que á tí, Alonso mio!

—Porque yo soy aquí la víctima predilecta, y mas diré, predestinada. Dios quiere que yo muera en el cadalso, y será. No así de Gil, Elvira. Es preciso que yo vea á Fernando.

—¡Y cómo!

—Fácilmente.

—Espílicate...

Al decir así la bella Elvira, resonaron los cerrojos y abrióse la puerta del calabozo, apareciendo en ella, pálido como un cadáver, Juan de Samano, quien dijo con voz balbuciente:

—Comienza á amanecer, señora, y es preciso que os retireis.

—¡Tan pronto! [esclamó aterrada la bellísima dama.]

—Necesito algun descanso, Elvira amada, si no he de comparecer ante el pueblo ojeroso y caído, cual si tuviera miedo. Retírate ahora,...

—¡Volveremos á vernos!

—Sí, Elvira: todavía una vez para despedirme de tí. ¡No es verdad, Sámano!

—Como gustáreis, D. Alonso.

—Ya lo oyes, mi bien: retírate.

Quiso Elvira hablar y no pudo: los sollozos anudaron las voces en su garganta; y cediendo, en fin, por completo á la humana debilidad, siendo una vez en su vida mujer, y no mas que mujer apasionada y sensible, desmayóse en brazos de su esposo. Entonces Avila, hondamente conmovido, mas dominándose con heroico esfuerzo, dióle un tiernísimo beso en los apagados ojos, y dijo á Juan de Sámano:

—Aprovechad ahora la ocasion de llevaros á esta desdichada; haced que á mi quinta de Chapultepec la conduzcan para que el clamoreo de las campanas no hiera sus oídos, y que no vuelva... que no vuelva á verme. Si esta escena se repite, puede privarnos á mí del valor que tengo, y á ella misma de la vida.

Dos llaveros ejecutaron la orden de Avila, procurando suavizar sus rudas manos para sustentar en ellas el cuerpo desmayado de la bella Elvira, el Alguacil mayor, que ya en el mismo lastimoso estado habia tenido que sacar á Mencía del calabozo-capilla de Gil Gonzalez, murmuró entre dientes:

—¡Maldito encargo me dieron los Doctores! ¡Matar á un hombre con la espada, es un juego en comparacion de hacerle agonizar tan penosamente en capilla! ¡Alcanzará la misericordia de Dios á los que á tanto se arrojan!

Ya el espíritu inflexible del remordimiento comenzaba á esgrimir su duro azóte contra los asesinos de los Avilas!



CAPITULO IX.

DE UNA APARICION QUE TUVO DON FERNANDO DE VALDESTILLAS, Y DE LA MALA NOGHE QUE PASARON LOS DOCTORES CEINOS Y VILLALOBOS LA DEL DOS AL TRES DE AGOSTO DEL AÑO DE 1566.

SALGAMOS un momento de la mefítica lóbrega atmósfera de cárceles, calabozos y capillas, á respirar el puro ambiente del clima mexicano, ya que no en el campo como quisiéramos, y nuestro angustiado pecho necesita, al menos en un, no sabemos si llamarle jardín ó cementerio del convento de San Francisco de Tlatelolco; pues aunque á la verdad no es alegre el espectáculo que nos espera, al cabo variamos de escena, y por triste que ella sea, nunca puede ser tan ingrata y repugnante como lo será siempre considerar de cerca á infelices condenados por la Justicia [así la llaman] á morir en el patíbulo, ya por culpas propias, ya por ajenos errores, si no en satisfaccion de las rencorosas pasiones de sus pretendidos jueces, y en realidad asesinos.

Habia en la época de nuestro triste relato un gran patio interior en el convento de San Francisco, poblado de cedros y cipreses en distintas calles repartidos, y bajo cuya melancólica sombra estaban las sepulturas de los religiosos que el Señor se dignaba llamar á mejor vida.

En ese, como decíamos, jardín ó cementerio, porque las fúnebres cruces alternábanse allí con árboles y flores; en ese cementerio, repetimos, de ordinario sombrío y silencioso durante las altas horas de

la noche, al sonar la última campanada del reloj anunciando el término del día dos y el principio del tres de Agosto, pudiera ver el curioso, si alguno lo fuese tanto que hasta aquel recóndito parage llevara sus indagaciones, entrar dos hileras paralelas de religiosos, gravemente melancólicos los rostros, con encendidos cirios en las manos, en voz sumisa, mas con solemne ritmo, entonando uno de los salmos del oficio de difuntos. La cruz con manga negra, los ciriales, los turiferarios, el hisopo y calderilla, precedían á un ataúd por seis frailes llevado, y en pos del cual iban tres sacerdotes revestidos con ornamentos de luto, cerrando el acompañamiento hasta media docena de indios cristianos, á cuya cabeza figuraba nuestro buen amigo el tlaxcalteca Cristóbal; y otro tanto número de europeos de condicion media, á juzgar por sus trajes.

Mas por cumplir con las formas que por necesidad, decimos que el cuerpo en el ataúd encerrado, era el de D. Martin Cortés de Suarez, el del hijo de Catalina la primera esposa de Hernando; el del padre de Elvira; el del *Mártir*, en fin, inventor y autor de la funesta conjuración que tan desastrosamente estaba á punto de desenlazarse.

Luego que las mugeres de los dos hermanos Avilas salieron de la estancia mortuoria para seguir á Juan de Sámano á la cárcel de México, Fr. Diego de Olarte y Fernando de Valdestillas, en una conversacion que ante el cadáver de su infeliz amigo tuvieron, despues de haber convenido en que indudablemente anunciaba la condescendencia de los doctores con las esposas de los presos algun gravísimo y no fausto cambio en la suerte de aquellos, creyeron tambien oportuno, tanto para evitar que se renovase el dolor de Elvira, cuanto para no dar pretexto á mas persecuciones y pesquisas judiciales, proceder desde luego á la inhumacion del cuerpo de D. Martin. Acordado así, dictó el provincial las disposiciones convenientes para improvisar un funeral, piadoso al menos, ya que en la ostentacion no correspondiera á la categoría que en el mundo debiera ocupar el primogénito del conquistador de Nueva España; y en efecto, llevado el cadáver al convento en una silla de manos por los criados de D. Alonso, hiciéronsele á puerta cerrada exequias de cuerpo presente, y condújosele en seguida al cementerio de la comunidad, concediéndole los honores de aquella sepultura, tanto por los beneficios que la órden debia á su ilustre padre, cuanto por la piedad cristiana y amor á los frailes franciscanos que tuvo y probó con hechos durante su vida, el asesinado caballero mismo.

D. Fernando de Valdestillas quiso ser uno de los que con sus propias manos cavaran el hoyo en que para siempre iba á descansar el cuerpo de D. Martin, y tambien él, en ausencia de todo pariente, se abrogó el privilegio de arrojarle encima el primer puñado de tierra, diciendo mas con el corazon que con la lengua:

"BLANDA TE SEA, al derramarla encima."

Ya el lector supondrá que Fr. Diego seria el oficiante en la triste ceremonia, concluida la cual, y pronunciado el postrer voto que los hombres pueden hacer por sus semejantes, voto que bellamente expresa la Iglesia con estas sencillas palabras: "*En paz descanse!*" retiráronse todos los del fúnebre cortejo, quedando solo ante la sepultura el desesperado doncel hijo del comunero.

¿Y qué pretendia, qué buscaba, qué era lo que esperar podia Fernando á tales horas, en aquel parage y en tan tristes circunstancias?

Pretendia recoger un instante su agitado espíritu; buscaba la calma necesaria para meditar con fruto; esperaba una inspiracion del cielo para salvar á sus amigos. ¿Y de quién mas que del cielo, y dónde mas que en la sepultura del mártir podia prometerse lo que mas que vivir anhelaba? En México no halló mas que egoistas empedernidos, ó espíritus aterrados; de Fr. Diego no habia que esperar sino palabras de paz, consejos de resignacion, preceptos de obediencia pasiva; y así no era posible salvar á los que ya sobre sus gargantas tenian suspendida de un cabello la espada de la justicia, en arma de venganza convertida.

Y por otra parte, Elvira le habia encomendado la guarda del cadáver de su padre, y Elvira tambien aconsejado que procurara inspirarse del espíritu del *mártir*. ¿Dónde podia cumplir mejor el precepto, y seguir con mas puntualidad el consejo que allí en el cementerio y sobre la tumba apenas cerrada?

Quedóse, pues, solo cuando se retiraban todos; y echando atras la cogulla del hábito, dejóse caer de hinojos sobre la sepultura, levantó los ojos á la estrellada bóveda celeste, y con acento de dolor profundo á par que de fé sincera, exclamó:

"Alma generosa del pobre mortal cuyos caducos restos descansan
"bajo mis rodillas, si hasta el asiento inmortal que á tus virtudes y
"padecimientos otorgó sin duda la justicia divina, llegan los débiles
"acentos de una atribulada frágil criatura, vuelve á mí tus ya incor-
"ruptibles ojos, atiende á mis humildes ruegos y dignate inspirarme
"un pensamiento que salve á mis infelícisimos amigos, ó me haga al
"menos morir con ellos. Morir, sí; morir, que será nacer para quien
"desde que la luz del sol ha visto, solo á padecer está avezado, para
"quien ama sin esperanza, para quien teme de continuo dejarse ir á
"la desesperacion misma.—Oyeme, D. Martin; así la prenda de tu
"amor, la para mí en funesto dia nacida Elvira, salga tambien de es-
"te valle de lágrimas, donde inocente apura hasta las heces el cáliz
"de la amargura.—Oyeme, sí, mártir de tí propio, modelo de abne-
"gacion y de virtudes; óyeme y envía á mi espíritu un rayo de la ce-
"leste luz que el tuyo iluminaba!"

Entonces.... pero, antes de escribirlo, detengámonos un instante siquiera á considerar que hablamos de un mozo de apenas veinte años de edad, poéticamente organizado, creyente y religioso por educa-

cion y por índole; esclavo de un amor desdichado; envuelto, por decirlo así, en una atmósfera de muerte y trágicos sucesos, casi desde que saltó de la cuna; y en fin, que se hallaba en un cementerio, de noche, solo, sobre la tumba de un hombre venerable, padre de su amada, ejemplar modelo de increíbles virtudes, y que acababa de espirar ante su vista.

Todas estas circunstancias, justificando un grado de exaltación fuera de las reglas ordinarias de la vida, harán admisible también un alucinamiento, sin tales datos absurdo sin duda en concepto de aquellos que, ratiocinándolo todo, consideran con escéptico desden el mundo de los sucesos fantásticos. Por lo que respecta á los corazones humildes que no se avergüenzan de creer aunque no comprendan, así como á las fantasías verdaderamente poéticas, no tenemos recelo alguno de que de inverosímil tachen nuestro relato, que proseguimos, una vez hecha la anterior é indispensable salvedad.

Y decíamos, ó á decir íbamos, que al terminar D. Fernando de Valdestillas su apasionada invocación al espíritu del mártir, siempre con los ojos fijos en el cielo, vió, sí, vió, ora fuese realidad, ora ilusión de su exaltada mente, vió que una estrella errante, desprendiéndose del firmamento, cual suelen de la tormenta los rayos, descendía directamente sobre la tumba de D. Martín: mas antes de llegar á ella suspendió de súbito su precipitada carrera. Entonces, abriéndose el lucero, y convertido en radiante círculo de infinitos brillantes astros, dejó ver en su centro la figura magestuosa de un ser que en lo general de las formas, hombre parecía, pero que en la plácida magestad de su semblante, y en la expresión de inefable amor y misericordia de sus miradas y sonrisa, revelaba mas alta procedencia que la de los hijos de Adán. Cándida vestidura le cubría, boreal aurora le servía de trono, y una palma empuñaba su diestra.

—*D. Martín!* Esclamó Fernando con asombro, mas sin temor alguno.

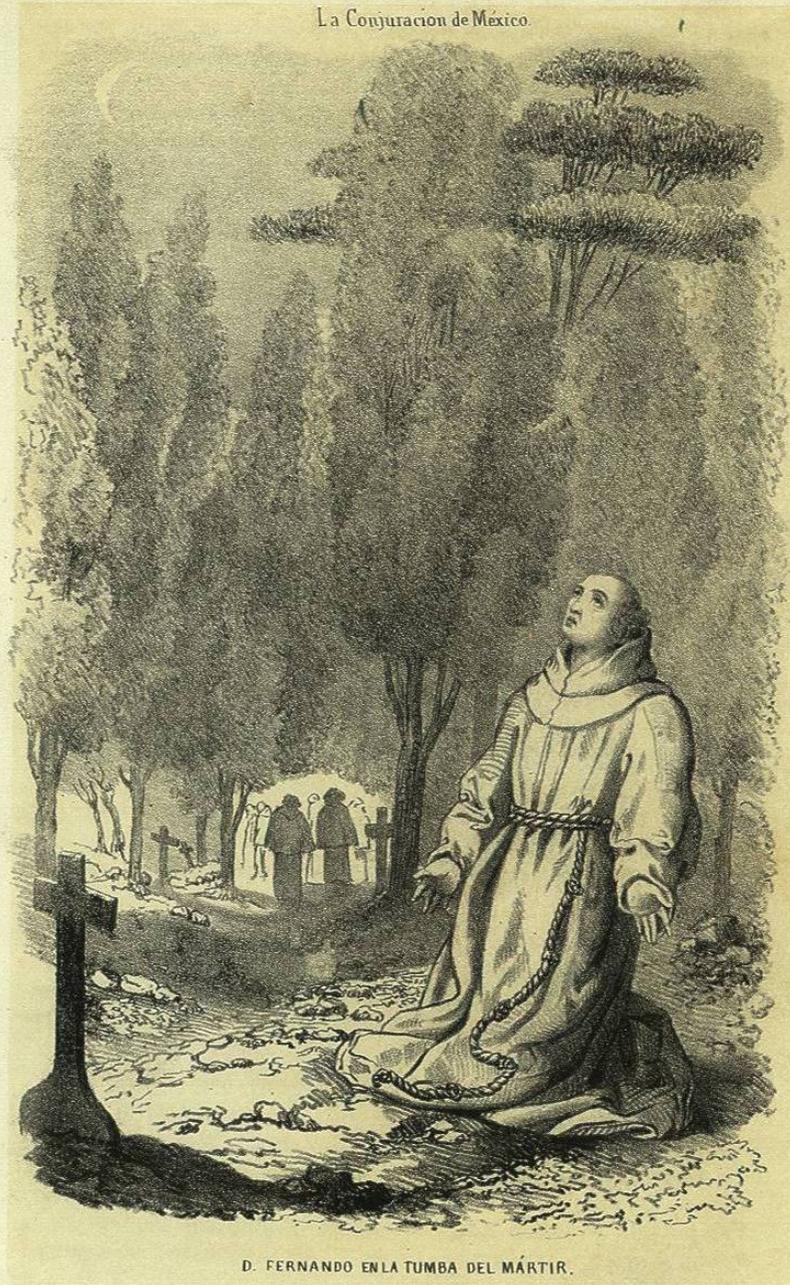
—*D. Martín!* reconociendo en la aparición los rasgos característicos de la fisonomía del padre de Elvira.

—*El mártir!* (respondió el aparecido con un acento que compendia todas las armonías de la naturaleza.) ¡El mártir que viene á ofrecerte su palma, Fernando!

—Si la palma es la muerte (repuso el doncel), bien venida sea.

—*¡La muerte es la vida!* (volvió á decir la aparición): tu hora se acerca; ya el coro de los ángeles te aguarda... Evita el escollo de *¡la desesperación!* prepara tu espíritu á comparecer ante el Juez Supremo... Tú también serás inscrito en el número de los *mártires*... *¡Tú también á costa de breve tiempo de tu voluntario suplicio en la tierra comprarás la beatitud eterna...* Mi espíritu será contigo hasta el postrer instante... Rescatarás la sangre inocente, y la tuya

La Conjuración de México



D. FERNANDO EN LA TUMBA DEL MÁRTIR.

“será fecunda como la del *cordero*.... Fé y esperanza en Dios, que “su caridad no ha de faltarte.”

Y al pronunciar tales acentos desapareció la vision, y Fernando, fuerte, sereno, intrépido, como el campeón que seguro de la bondad de sus armas salta á la arena del combate, levantóse de la tumba y salió del cementerio repitiendo:

—“¡Fé y esperanza en Dios, que su caridad no ha de faltarme!”

Sin negar, ni mucho menos, el poder de Dios para hacer milagros cuando a sus altos fines conviene, creemos, no obstante, que cuanto de referir acabamos debe considerarse como un fenómeno de alucinacion, producido por las circunstancias dolorosas y sinsabores amargos que al hijo del comunero abrumaban; fenómeno escepcional, sin duda, mas no tanto que no nos fuera fácil citar aquí, si la ocasion lo consintiera, mas de un caso análogo para demostrar hasta qué punto puede estenderse el poderío de una imaginacion ecsaltada.

Por otra parte, en el XIV siglo, era doctrina corriente entre los teólogos, y creencia universal en los cristianos, que, ya en espiacion de culpas en este mundo no satisfechas, ya por especial permission de la Providencia y para determinados fines, solian aparecerse entre los vivos las almas de los finados, ecsigir de ellos á veces sufragios, otras restituciones, y aun darles consejos, cuando no anunciarles su próximo fin, ecshortándolos á prepararse cristianamente para la muerte. Las apariciones, en consecuencia, tanto para los espíritus humildes y crédulos ó ecsaltadamente fanáticos, cuanto para el vulgo ignorante y supersticioso, pasaban en los tiempos á que nos referimos, no como quiera por hechos innegables, y por consiguiente posibles, sino por fenómeno frecuente; tan frecuente, que pocas personas de la especie indicada dejaban de creerse mas ó menos víctimas de las *Almas en pena*; y para libertarse de su encarnizada persecucion gastaban muchos en sufragios y obras pias gran parte de su hacienda, y todos tiempo infinito en oraciones y penitencias. Verdad es que ya entonces la civilizacion comenzaba á hacer justicia de muchas supersticiones, y que no faltaban hombres que, sin dejar de ser por eso muy buenos cristianos, negasen crédito á los mas de los hechos á que aludimos, atribuyéndolos, con sobrado fundamento, á estravío de la imaginacion de los pacientes de buena fé, y á la supercheria de los charlatanes que, para vivir á costa del prójimo, de todo se aprovechan. Calderon en su *Dama Duende* nos ofrece una muestra de razonada incredulidad, que no podemos resistirnos á copiar aquí, siquiera para que el tono filosóficamente festivo de aquel gran poeta dramático alivie el ánimo del lector de la tristeza que nuestro pendiente relato debe causarle á la altura en que hoy se encuentra.

D. Manuel (el galan) encuentra su estancia revuelta, habiéndola dejado cerrada; recibe papeles sin saber cómo; y en una palabra, es,
Tomo III.—16.